

# La santidad, clave de vida para la juventud

*Mons. Fernando Chica Arellano*

*Observador Permanente de la Santa Sede ante la FAO, el FIDA y el PMA.*

Notas

## Introducción

**N**os hemos reunido para dialogar con el buen Dios<sup>1</sup>. Él nos ha llamado, nos ha convocado, ha suscitado en nosotros la sed de este encuentro. ¡Aprovechemos el tiempo! A ello nos va a ayudar mucho abrir los oídos, limpiar nuestra mente de prisas e ideas que nos distraigan, unificar nuestros sentimientos, abrírnos al gozo de estar en la presencia de Cristo, Buen Pastor. Él nos habla y a nosotros corresponde acoger sus dones, su gracia; nos corresponde abrir nuestra vida a su luz y amor.

La Iglesia y el mundo necesitan jóvenes santos. Si los jóvenes no son santos, son viejos. El secreto de la verdadera juventud es la santidad. Cristo es el eternamente joven y nosotros podremos serlo si ponemos nuestra esperanza en Él y seguimos sus huellas. El pecado, la lejanía de Dios, el sucumbir a la mediocridad, el dejarnos arrastrar por la desidia, la falta de sensibilidad y amor hacia los problemas del otro, son el verdadero ácido que hiere y envejece al hombre. Hoy es un buen día para dejar que Cristo llegue hasta el fondo de nuestra alma y la purifique. No perdamos el tiempo. Los de hoy son momentos para fomentar un coloquio sencillo, sincero y humilde con nuestro Redentor, que vino al mundo para darnos la vida eterna, la que no caduca, la que está repleta de auténtica felicidad (cf. Jn 10,10).

Para este encuentro nos va a ayudar el Papa Francisco. Hace poco, el Obispo de Roma, ante una gran multitud de peregrinos reunidos en la plaza de San Pedro, reflexionaba atinadamente sobre los jóvenes y la juventud. Leo sus luminosas palabras sabiendo que tienen especial validez para nosotros:

Quisiera decir, especialmente a los jóvenes: nuestro peor enemigo no son los problemas concretos, por serios y dramáticos que sean: el peligro más

---

<sup>1</sup> Este texto es fruto del encuentro con los jóvenes latinoamericanos que han cursado el Master sobre liderazgo espiritual organizado por el Ateneo Pontificio *Regina Apostolorum* de Roma (17 de junio de 2018). Agradezco a Kevin Ramirez e Idris Villalba el esfuerzo de grabación y reproducción de mis palabras.

grande de la vida es un mal espíritu de adaptación que no es mansedumbre o humildad, sino mediocridad, algo pusilánime. ¿Un joven mediocre es un joven con futuro o no? ¡No! Permanece allí, no crece, no tendrá éxito. La mediocridad o la pusilanimidad. Aquellos jóvenes que tienen miedo de todo: «No, yo no soy así...». Estos jóvenes no irán adelante. Mansedumbre, fuerza y nada de pusilanimidad. El beato Pier Giorgio Frassati —que era un joven— decía que es necesario vivir, no ir tirando. Los mediocres van tirando. Vivir con la fuerza de la vida. Es necesario pedir al Padre celestial para los jóvenes de hoy el don de la sana inquietud. Pero, en casa, en vuestras casas, en cada familia, cuando se ve un joven que está sentado todo el día, a veces la madre y el padre piensan: «Pero este está enfermo, tiene algo» y lo llevan al médico. La vida del joven es ir adelante, ser inquieto, la sana inquietud, la capacidad de no conformarse con una vida sin belleza, sin color. Si los jóvenes no tienen hambre de una vida auténtica, me pregunto, ¿a dónde irá la humanidad? ¿A dónde irá la humanidad con jóvenes quietos y no inquietos? (*Audiencia General, 13 de junio 2018*).

Estas preguntas no pueden quedar sin respuesta en nuestro corazón. Hemos de dejar que las palabras del Papa calen en nuestra alma, con toda sinceridad. Pensemos si tenemos hambre de Dios, si tenemos sed de justicia, si somos jóvenes a medio gas. Preguntémonos qué tipo de jóvenes somos; veamos realmente si buscamos, ante todo, escapar del anquilosamiento que crea el pecado. Busquemos no dejarnos vencer por ese confort que a todos nos encierra en un egoísmo paralizante, que nos sume en la indiferencia o la apatía. La juventud es la etapa para hacer frente a los grandes retos, no es el tiempo del desaliento o el sopor. La fuerza para vencer nuestra desgana nace de Cristo, de lo asiduo que sea nuestro trato con Él, de las veces que recurramos a Él y a su bondad. No nos cansemos de llamar a la puerta del Corazón de Cristo. Él nos dará siempre la bienvenida y a su lado podremos descubrir la novedad de una vida plena.

Recientemente también, el Santo Padre ha regalado a la Iglesia una exhortación muy hermosa: *Gaudete et exsultate* (¡Alegraos y regocijaos!), sobre la llamada de todos a la santidad. Voy a centrarme en este documento de modo particular porque, en su último capítulo, Su Santidad hace una invitación especial a los jóvenes: «Todos, pero especialmente los jóvenes, están expuestos a un *zapping* constante y sin la sabiduría del discernimiento podemos convertirnos fácilmente en marionetas a merced de las tendencias del momento» (GE, n. 167).

El Sucesor de San Pedro propone tres principios básicos, tres medios fundamentales, para avanzar por el camino de la santidad, es decir, por el camino del amor a Dios y a los hermanos: el *combate espiritual, la vigilancia, y el discernimiento*.

## 1. El combate espiritual contra el diablo

Nos dice el Obispo de Roma: «La vida cristiana es un *combate* permanente. Se requieren fuerza y valentía para resistir las tentaciones del diablo y anunciar el Evangelio. Esta lucha es muy bella, porque nos permite celebrar cada vez que el Señor vence en nuestra vida» (n. 158). Y puntualiza:

No se trata solo de un combate contra el mundo y la mentalidad mundana, que nos engaña, nos atonta y nos vuelve mediocres sin compromiso y sin gozo. Tampoco se reduce a una lucha contra la propia fragilidad y las propias inclinaciones (cada uno tiene la suya: la pereza, la lujuria, la envidia...). Es también una lucha contra el diablo... (GE, n. 159).

Para entender el significado de las tentaciones, me valgo de las consideraciones del Cardenal Carlo Maria Martini, desarrolladas en un precioso libro, cuya lectura os aconsejo. Trata sobre el evangelista san Lucas. En él, el Purpurado comenta con fina hondura el pasaje de Lucas 22,39-46<sup>2</sup>. El evangelista nos refiere la plegaria de Cristo en Getsemaní. Al llegar al huerto, Jesús dice a sus discípulos: «Orad para no entrar en tentación» (Lc 22,40).

Podríamos definir la tentación, en la espiritualidad cristiana, como aquella atracción hacia algo malo que, en parte queremos hacer, aunque nos demos cuenta al mismo tiempo de que en realidad no es bueno para nosotros. Lo más difícil de la tentación es que tiende a contar con nuestra complicidad, y es allí donde radica su extraña fuerza, porque pareciera que la tentación trae integrada una convincente colección de excusas aparentemente irrefutables.

Cuando pensemos en «la tentación» no hemos de entender solo, por lo menos inmediatamente, el impulso a hacer directamente el mal. Es algo mucho más sutil, dramático y peligroso. Hay en ella, también, un componente realmente nocivo. Me refiero a esa corriente que lleva a declinar responsabilidades, a huir de ellas. La tentación, entonces, aparece a menudo como miedo a tomar decisiones, a mirar de frente a aquello que cuesta; es una fuga ante los problemas de la vida, de la comunidad o de la sociedad. La tentación consiste en escapar, en escurrir el bulto. Es una especie de fuga de lo real. Es un cerrar los ojos, esconderse, fingir no ver y no sentir para no quedar de este modo comprometidos. Es pereza, miedo a lanzarse. La tentación nos impide responder a lo que Dios nos pide, a lo que nos pide la Iglesia, nos distrae e impide salir al encuentro de lo que los demás necesitan.

<sup>2</sup> Como digo, para muchas de las ideas que siguen soy deudor de este librito extraordinario, que sigue siendo hoy un faro de luz: C.M. MARTINI, *Itinerario de oración con el Evangelista Lucas*, Paulinas, Bogotá 1986. En concreto aquí las páginas 64-67.

Cuando Cristo nos invita a orar para no sucumbir a la tentación, lo que nos está diciendo es: oren para no dejarse arrastrar por la comodidad, por el egoísmo, la desgana, el desinterés. En esas condiciones lo que surge es una tendencia al anquilosamiento, a no elegir, a no decidir, a mirar hacia otro lado cuando el hermano sufre. Eso es lo que les pasó a los apóstoles en el huerto. Se quedaron durmiendo. La tristeza, la desesperanza los llevó a dormir, a no mirar cómo Cristo sufría y sudaba sangre. Duermen y de este modo se evaden. No ven y así no actúan. «Ojos que no ven, corazón que no siente», dice el refrán castellano.

Esto mismo lo encontramos en otros pasajes de la Escritura: el sacerdote y el levita de la parábola pasaron de largo ante el que estaba medio muerto en la cuneta del camino entre Jerusalén y Jericó (cf. Lc 10,31-32). No lo ayudaron, miraron hacia otro lado. El profeta Elías, que mostró su valentía y la reciedumbre de su confianza en Dios en la montaña del Carmelo ante los 450 profetas de Baal, cae en la tentación y huye cuando se entera de que la malvada reina Jezabel desea matarlo. «Elías tuvo miedo, se levantó y se fue para poner a salvo su vida». Desanimado dijo: «Ya es demasiado, Señor. Toma mi vida, pues no soy mejor que mis padres» (1Re 19,3-4). El profeta Jonás cae también en la tentación y huye. No quiere afrontar su tarea como profeta (Jn 1,1-3).

También a nosotros nos pasa lo mismo: sucumbimos a la tentación cuando cerramos los ojos, no movemos las manos o endurecemos el corazón para no ayudar a los otros cuando sufren. Perdemos muchas ocasiones de hacer el bien, estando éste a nuestro alcance sin gran dificultad.

La indiferencia logra que no hagamos nuestro el dolor ajeno. Encontramos multitud de pretextos para seguir encerrados en nuestros caprichos, miedos, perezas... Caemos en la insolidaridad. Nos alejamos del sufrimiento de los hermanos, cuando, en realidad, deberíamos afrontarlo con decisión y audacia, con ilimitado amor.

Lo que Cristo dijo a sus discípulos en Getsemaní: «Orad para no caer en la tentación», nos está diciendo asimismo que la plegaria no es una fuga ni un refugiarse en una burbuja. Por el contrario, la plegaria es de donde sacamos la fuerza que precisamos para amar, para socorrer al desfavorecido, para mirar a los problemas de frente. De la oración sacamos energías y razones para ser buenos samaritanos y auxiliar a los que se encuentran tirados al borde del camino, medio muertos a causa de la prepotencia humana. Si no oramos no encararemos las grandes decisiones de nuestra vida, la primera de todas amar sin cansarnos, a todos, pero en particular a los pobres.

Con respecto al diablo, que no se cansa de tentarnos, el Papa nos advierte:

No pensemos que es un mito, una representación, un símbolo, una figura o una idea. Ese engaño nos lleva a bajar los brazos, a descuidarnos y a quedar más expuestos. Él no necesita poseernos. Nos envenena con el odio, con la tristeza, con la envidia, con los vicios. Y así, mientras nosotros bajamos la guardia, él aprovecha para destruir nuestra vida, nuestras familias y nuestras comunidades... (GE, n. 161).

Estad atentos: si bajamos la guardia, el diablo acaba venciéndonos. Por eso es importante que nosotros seamos como los centinelas, que nunca duermen, que siempre están alerta, vigilantes.

Para que el diablo no pueda con nosotros, para que el amor no se apague en nuestras vidas, para afrontar las dificultades y las luchas diarias, Su Santidad nos recuerda que «tenemos las armas que el Señor nos da: la fe que se expresa en la oración, la meditación de la Palabra de Dios, la celebración de la Misa, la adoración eucarística, la reconciliación sacramental, las obras de caridad, la vida comunitaria, el empeño misionero» (GE, n. 162).

Por tanto, la primera de las armas es una plegaria que nace de la fe en Cristo, de la confianza en su bondad. En este sentido, la escena de Cristo en el huerto de Getsemaní nos ofrece unas pistas muy importantes, que no debemos olvidar. En aquellos momentos dramáticos, Cristo ora a Dios, su Padre. De rodillas suplicaba diciendo: «Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz, pero que no se haga mi voluntad sino la tuya» (Lc 22,42).

*Padre.* Esta palabra revela mucho de la identidad de Cristo. Él es el Hijo que se dirige a Dios, su Padre. Con esta palabra, Cristo muestra su actitud de total confianza en su Padre. Con esta palabra, Cristo expresaba sus deseos más íntimos, profundos y fervientes. En su plegaria en el huerto de los Olivos, aparecen dos deseos contrapuestos: aleja de mí este drama / si quieres, puedes hacer que todo esto pase. Por una parte, su voluntad siempre unida al Padre quería cumplir sus designios, mas su sensibilidad rehuía naturalmente el dolor. Pero hay un tercer elemento que lo engloba todo, y que le hace a Cristo superar el miedo: la confianza en la voluntad del Padre, su obediencia al Padre. En esa voluntad encuentra su consuelo, su fuerza. «No se haga mi voluntad, sino la tuya».

Aprendamos de Cristo en Getsemaní. No dejemos de contemplarlo en el huerto de los Olivos. Veremos entonces que la forma de vencer nuestros temores pasa por abandonarnos a la voluntad divina. La voluntad de Dios es la fuente de nuestra serenidad.

Orar en el momento de la noche oscura, de los problemas, quiere decir dejar emerger nuestras angustias, miedos y temores sabiendo que estamos en presencia de Dios Padre que nos ama. Los temores que tenemos en nues-

tro pecho son los que nos impiden estar disponibles para servir, decidarnos a tomar el camino del bien y la verdad, afrontar el mundo real con sus aristas. La plegaria es el camino apropiado para sacar lo que tenemos dentro y presentarlo a Dios, a un Dios que nos conoce y nos ama, que quiere lo mejor para nosotros y para el mundo. La entrega a la voluntad divina es el camino de unificar nuestra alma dividida, fragmentada por tantas luchas. Orar es lo que nos dispone para luchar contra el mal y tomar decisiones valientes.

La plegaria nos lleva a descubrir la voluntad de Dios, nos lleva a ver que lo que Dios tiene reservado para nosotros es un proyecto de amor. La oración es el colirio que limpia nuestros ojos para que veamos la voluntad de Dios, tan claramente mostrada en la Sagrada Escritura, y la hagamos realidad, la pongamos en práctica. En la plegaria sacamos fuerzas para superar lo que hay en nosotros de tumultuoso, de conflictivo, y que no nos permite obrar porque tiende a bloquearnos, a dejar para mañana lo que podemos hacer hoy, a prorrogar las decisiones, a formular una gran cantidad de excusas.

La plegaria nos unifica y nos permite manejar nuestra capacidad de decidirnos y de decir: «Oh buen Dios, que se cumpla en mí tu voluntad, que se realice en mí aquello a lo cual estoy llamado».

En la plegaria de Cristo en el huerto de los Olivos descubrimos otra nota muy importante para nuestra vida espiritual. Dice el evangelista que Cristo, «en medio de su angustia, oraba con mayor intensidad. Y le entró un sudor que caía hasta el suelo como si fueran gotas espesas de sangre» (Lc 22,44). Cristo rezaba en un clima de agonía, de lucha sin cuartel. Vienen a mi memoria lo que dijo un gran filósofo y literato: «Jesús busca compañía y alivio por parte de los hombres. Creo que esto es algo único en toda su vida. Pero no lo encuentra, porque sus discípulos duermen. Jesús estará en agonía hasta el fin del mundo: no hay que dormir durante este tiempo»<sup>3</sup>.

No podemos, por tanto, caer en el sopor y dejar solo a Cristo mientras sufre, como hicieron Pedro, Santiago y Juan. Su sufrimiento se prolonga en muchas personas, en la Iglesia, en el mundo. Como Cristo oraba, nosotros debemos orar por los que pasan por horas de desconsuelo, de padecimientos corporales o espirituales. Hay muchos hombres que sudan sangre, lejos o cerca de nosotros. Tienen heridas. Tienen los huesos quebrantados por las injusticias, por la mentira, por el dolor. Cristo orando pudo afrontar el Calvario. También nosotros. Cristo en su agonía venció la nuestra. Jesús en su prueba vence la prueba por nosotros hasta el fin del mundo.

---

<sup>3</sup> B. PASCAL, *Pensées*, «Le mystère de Jésus», Brunshvicg, n. 553.

En la plegaria queda vencido el miedo a decidirnos, a lanzarnos en ayuda de cuantos penan y lloran; queda vencido el temor de perder la vida por los hermanos.

Cristo en el huerto de los Olivos aparece en toda su debilidad. Quiso manifestarla para que nosotros no tengamos miedo de poner al descubierto la nuestra. Él no temió que se conociera su fragilidad. De esta manera nos enseña a no tener miedo de la nuestra, a no tener miedo ni siquiera de que se manifieste y sea conocida, porque en nuestra debilidad obra la potencia de Dios y su victoria.

Os invito a mirar a Cristo en el huerto de los Olivos: ora arrodillado, en una actitud de entrega total a su Padre; ora y en ese clima supera las resistencias de la sensibilidad ante las dificultades que se le presentaban.

El ejemplo de Cristo en Getsemaní nos indica la manera para vencer las tentaciones<sup>4</sup>. Teniendo en cuenta esto, podemos preguntarnos: ¿Es verdadera mi plegaria, intensa, sincera? ¿Me aburro en la plegaria o contemplo en ella valientemente lo que Dios quiere de mí?

En la plegaria, ¿dejo que surja todo lo que hay en mi interior: mis luchas, miedos, indecisiones, tibiezas? ¿Expongo todas mis inquietudes y las supero abandonándome a la voluntad de Dios, unificando mi vida bajo el paraguas de la divina voluntad? ¿Siento la fuerza de Cristo que ora en mí? La victoria de Cristo sobre el miedo y angustia, ¿siento que es mi fuerza?

## 2. Vigilancia contra la «corrupción espiritual»

Si damos un nuevo paso, siguiendo las ricas sugerencias de *Gaudete et exsultate*, vemos que el combate de la vida requiere una estrategia de *vigilancia* contra el diablo: «El camino de la santidad es una fuente de paz y de gozo que nos regala el Espíritu, pero al mismo tiempo requiere que *estemos con las lámparas encendidas* (Lc 12,35) y permanezcamos atentos: *Estad en vela* (Mt 24,42; cf. Mc 13,35)...» (GE, n. 164).

Vivimos en un ritmo trepidante. A veces, pegados como estamos a la pantalla del *Ipad*, del *teléfono celular*, no tenemos tiempo para mirar al que tenemos al lado. Nos fabricamos un mundo virtual, hecho a nuestra medida, colmado de fantasías y estereotipos. Nos quedamos horas y horas sentados ante la pantalla del ordenador, fabricándonos un mundo cerrado, mediocre, gris.

<sup>4</sup> Cf. C.M. MARTINI, *Itinerario de oración con el Evangelista Lucas*, 68-69.

El Santo Padre nos advierte al respecto. Quiere sacarnos de ese ambiente que se contenta con poco, que pone metas bajas, rastreras. Es el mundo de la tibieza, a la que él llama «corrupción espiritual»:

Quienes sienten que no cometen faltas graves contra la Ley de Dios, pueden descuidarse en una especie de atontamiento o adormecimiento. Como no encuentran algo grave que reprocharse, no advierten esa tibieza que poco a poco se va apoderando de su vida espiritual y terminan desgastándose y corrompiéndose (GE, n. 164).

Señala el Papa con hondo sabor evangélico:

La corrupción espiritual es peor que la caída de un pecador, porque se trata de una ceguera cómoda y autosuficiente donde todo termina pareciendo lícito: el engaño, la calumnia, el egoísmo y tantas formas sutiles de autorreferencialidad, ya que el mismo Satanás se disfraza de ángel de luz (2Co 11,14) (GE, n. 165).

Es en un clima de plegaria intensa que se descubren todas estas tendencias que nos asaltan y diezman. Hemos de orar. En el combate de la vida, la vigilancia es una actitud primordial, que nos lleva a un tercer instrumento, de significativa resonancia ignaciana: el discernimiento.

### **3. El discernimiento, que parte de la escucha**

Se pregunta el Papa:

¿Cómo saber si algo viene del Espíritu Santo o si su origen está en el espíritu del mundo o en el espíritu del diablo? La única forma es el *discernimiento*, que no supone solamente una buena capacidad de razonar o un sentido común, es también un don que hay que pedir. Si lo pedimos confiadamente al Espíritu Santo, y al mismo tiempo nos esforzamos por desarrollarlo con la oración, la reflexión, la lectura y el buen consejo, seguramente podremos crecer en esta capacidad espiritual (GE, n. 166).

Hoy el discernimiento es necesario, no sólo en momentos extraordinarios sino en el día a día: «para seguir mejor al Señor [...] para no desperdiciar las inspiraciones del Señor, para no dejar pasar su invitación a crecer» (GE, n. 169).

El discernimiento se puede servir de las nuevas ciencias humanas -la psicología o la sociología- cuando son algo contrastado y verdadero, pero las trasciende:

recordemos siempre que el discernimiento es una gracia. Aunque incluya la razón y la prudencia, las supera, porque se trata de entrever el misterio del proyecto único e irrepetible que Dios tiene para cada uno y que se realiza

en medio de los más variados contextos y límites. No está en juego solo un bienestar temporal, ni la satisfacción de hacer algo útil, ni siquiera el deseo de tener la conciencia tranquila. Está en juego el sentido de mi vida ante el Padre que me conoce y me ama, el verdadero para qué de mi existencia que nadie conoce mejor que él... (GE, n.170).

El proceso de discernimiento exige ante todo un clima de silencio y una actitud de escucha: «El silencio de la oración detenida para percibir mejor el significado real de las inspiraciones que creímos recibir» (GE, n. 171); y «una disposición a escuchar: al Señor, a los demás, a la realidad misma que siempre nos desafía de maneras nuevas» (GE, n. 172).

El discernimiento no puede caer en un subjetivismo que confunda mi propia voluntad con lo que realmente quiere Dios de mí:

Tal actitud de escucha implica, por cierto, obediencia al Evangelio como último criterio, pero también al Magisterio que lo custodia, intentando encontrar en el tesoro de la Iglesia lo que sea más fecundo para el hoy de la salvación [...] No se trata de aplicar recetas o de repetir el pasado [...] El discernimiento de espíritus nos libera de la rigidez, que no tiene lugar ante el perenne hoy del Resucitado... (GE, n. 173).

El Santo Padre señala la lógica del don y de la cruz como indispensables para un auténtico discernimiento:

Una condición esencial para el progreso en el discernimiento es educarse en la paciencia de Dios y en sus tiempos, que nunca son los nuestros. Él no hace caer fuego sobre los infieles (cf. Lc 9,54), ni permite a los celosos *arrancar la cizaña* que crece junto al trigo (cf. Mt 13,29). También se requiere generosidad, porque *hay más dicha en dar que en recibir* (Hch 20,35). No se discierne para descubrir qué más le podemos sacar a esta vida, sino para reconocer cómo podemos cumplir mejor esa misión que se nos ha confiado en el Bautismo, y eso implica estar dispuestos a renuncias hasta darlo todo (GE, n. 174).

Y nos advierte Francisco, de forma clara, precisa e inteligente:

Cuando escrutamos ante Dios los caminos de la vida, no hay espacios que queden excluidos. En todos los aspectos de la existencia podemos seguir creciendo y entregarle algo más a Dios, aun en aquellos donde experimentamos las dificultades más fuertes. Pero hace falta pedirle al Espíritu Santo que nos libere y que expulse ese miedo que nos lleva a vedarle su entrada en algunos aspectos de la propia vida. El que lo pide todo también lo da todo, y no quiere entrar en nosotros para mutilar o debilitar sino para plenificar. Esto nos hace ver que el discernimiento no es un autoanálisis ensimismado, una introspección egoísta, sino una verdadera salida de nosotros mismos hacia el misterio de Dios, que nos ayuda a vivir la misión a la cual nos ha llamado para el bien de los hermanos» (GE, n. 175).

## Conclusión

El evangelista Lucas nos cuenta que la última palabra de Cristo fue una oración. Cristo muere orando. «Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc 23,46). Estas palabras son de un salmo. Cristo las recitaba de memoria. «A ti, Señor, me acojo; no quede yo nunca defraudado [...] A tus manos encomiendo mi espíritu, tú, el Dios leal, me librarás» (Sal 31,2-6)<sup>5</sup>.

En los momentos duros no hay tiempo para hacer poesía, ni componer versos. Brota lo que llevamos en el alma, aquellas plegarias que nos son mayormente familiares, aquellas palabras que se llevan esculpidas dentro del alma porque nos han acompañado siempre.

En las noches oscuras, cuando necesitamos fuerza y luz, estas plegarias brotan como un grito. Y en Cristo lo último que surgió no fue ni más ni menos que su confianza filial. De acuerdo al Evangelio de Lucas, la vida de Cristo comienza con unas palabras referidas a su Padre (Lc 2,49) y termina con otras dirigidas al Padre.

Aprendamos a vivir como Cristo desde esta plena conciencia de que somos hijos de Dios, vivamos con una enorme confianza filial, y desde esa atalaya afrontemos los problemas de la vida, corramos cada uno la carrera que nos corresponde y usemos la luz de la Palabra divina como motor, guía y brújula.

Entregar la propia vida a Dios, al Dios que da la vida si confío en él todo mi ser, mi proyecto de vida, mi presente y mi futuro. Dejar nuestra vida en manos de Dios. Esto es lo que aprendemos de Cristo. De Cristo aprendemos a dar y a darnos por completo. El mundo, por el contrario, nos invita a conservar la vida, a cuidar de uno mismo, a encerrarse en una burbuja de placer y comodidades.

Con Cristo aprendemos que la actitud fundamental del hombre, la actitud primaria de la existencia, es confiar, confiar en Dios que nunca defrauda. El verdadero bien consiste en ir más allá del cálculo, de la medida, de la racionalidad cerrada en sí misma, de la lógica mundana que todo lo tasa y mide.

La verdad de nosotros mismos la descubrimos cuando en la plegaria ponemos nuestra vida en manos de Dios. De esto modo podremos pasar de la plegaria al servicio y del servicio al don total de uno mismo, para gloria de Dios y bien de las almas.

De esta donación total a Dios es ejemplo primordial María, «la santa entre los santos». Concluimos recordando las palabras que el Sucesor de Pedro

---

<sup>5</sup> Cf. C.M. MARTINI, *Itinerario de oración con el Evangelista Lucas*, 70-77.

dirige a Nuestra Señora al finalizar su Exhortación *Gaudete et exsultate*. Con ellas en el alma podemos iniciar nuestro diálogo con el Señor:

Quiero que María corone estas reflexiones, porque ella vivió como nadie las bienaventuranzas de Jesús. Ella es la que se estremecía de gozo en la presencia de Dios, la que conservaba todo en su corazón y se dejó atravesar por la espada. Es la *santa entre los santos*, la más bendita, la que nos enseña el camino de la santidad y nos acompaña. Ella no acepta que nos quedemos caídos y a veces nos lleva en sus brazos sin juzgarnos. Conversar con ella nos consuela, nos libera y nos santifica. La Madre no necesita de muchas palabras, no le hace falta que nos esforcemos demasiado para explicarle lo que nos pasa. Basta musitar una y otra vez: *Dios te salve, María* . . . (GE, n. 176).